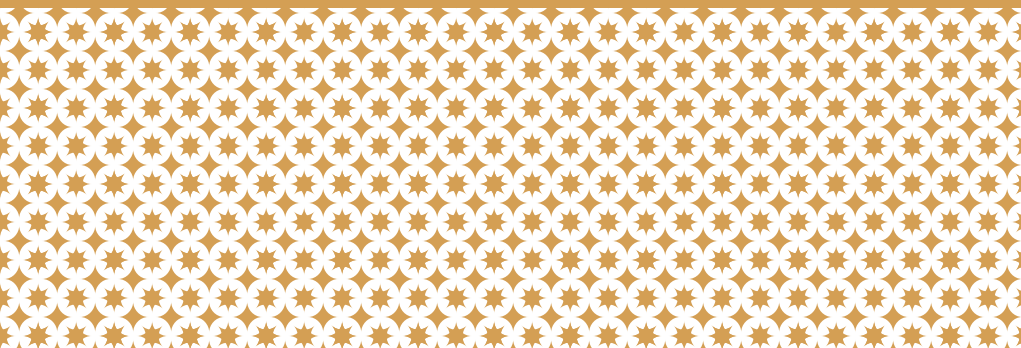


COLECCIÓN ENSAYOS

La revolución de vivir

Emilio Trigueros



Emilio Trigueros

LA REVOLUCIÓN DE VIVIR

Marcial Pons Historia

ÍNDICE

- I. La herencia de las palabras, 11
- II. Lecciones de cooperación, 17
- III. Contra el catastrofismo, 27
- IV. Historia de la incertidumbre, 41
- V. El año en que todo ocurrió, 51
- VI. París no fue un sueño, 59
- VII. Kant en Wolfsburgo, 69
- VIII. El lenguaje de la vida, 75
- IX. Una verdad social, 87
- X. El poder de la igualdad, 97
- XI. La hermana pequeña, 105
- XII. El latido de Europa, 115
- XIII. La verdadera revolución, 123
- Agradecimientos, 129

I

LA HERENCIA DE LAS PALABRAS

«No hay salvación en lo que queda inmóvil.
En la emoción es donde el alma humana
roza el latido de lo ilimitado».

J. W. Goethe.

LAS PALABRAS DE ÁNGELA

El 28 de abril de 2020, la canciller alemana Ángela Merkel intervino por videoconferencia ante el Foro de Diálogo de Petersberg, un club de debate europeo en el que, una vez al año, destacados dirigentes presentan en público sus posiciones sobre la lucha contra el cambio climático. Pocos medios de comunicación recogieron la intervención de Merkel ante un foro más bien desconocido, en un día en que la crisis sanitaria por el virus Covid-19 continuaba deparando efectos de una gravedad sanitaria sin precedentes, comparables a los que tendría un atentado masivo —repetido diariamente— en las ciudades y regiones más afectadas; seis semanas de reclusión domiciliar colectiva apenas empezaban a dar resultado para estabilizar la situación. El parte de muertes se había transformado en la medida estadística del dolor y la tragedia; lo que uno podía saber por familiares o amigos que trabajaban en hospitales era estremecedor, y aquello que hubiese importado hasta principios de marzo parecía yacer de pronto en un territorio clausurado, en un pasado remoto de una estabilidad irrepetible, frente al que se abría un futuro de extrema incertidumbre determinado por

el impacto de un virus insólito en plena propagación y fuera de control.

Aquel martes 28 de abril en Berlín, Ángela Merkel comenzó su intervención explicando que afrontar los daños de la pandemia obligaría a los gobiernos a tomar decisiones difíciles en sus presupuestos. «Por eso, resulta más importante que nunca que, al lanzar los programas económicos de recuperación, dejemos claro que no vamos a recortar en protección del clima, y que, por el contrario, vamos a invertir en las tecnologías sostenibles». En su discurso posterior, la canciller alemana describió, en su característico estilo de certezas serenas, los hitos del camino. Dar un salto radical en la implantación de las energías renovables. Reducir el número de derechos de emisión de gases invernadero subastados por las autoridades europeas. Invertir en eficiencia en motores, electrodomésticos o aislamientos. Asegurar que la financiación necesaria para abordar las mayores inversiones de partida llegue hasta las empresas y los ciudadanos.

En el tiempo transcurrido desde ese 28 de abril se ha hecho frecuente la enunciación del propósito de que de la crisis del Covid-19 emerja una sociedad con nuevas prioridades, en firme marcha hacia un futuro verde. El asunto es materia de debate hasta en los bares, y los más diversos *opinólogos* y portavoces coinciden en subirse al carro de una moda que ha transitado en poco de las lindes del idealismo ecologista «poco realista» a considerarse «políticamente incuestionable», lo que tampoco es decir demasiado. Así, por ejemplo, el vicepresidente de la Comisión Europea Franz Timmermans declaraba, unas semanas después de las palabras de Ángela Merkel, delante de un cartel con el lema *Por una transición verde y justa*: «La crisis provocada por esta pandemia nos enfrenta a una cuestión existencial: ¿volveremos a construir las mismas cosas que teníamos antes? ¿O vamos a aprovechar la oportunidad para apoyar los empleos necesarios en la lucha contra el cambio climático?». Las declaraciones solemnes sobre metas allá por 2030, 2040 o 2050 se han multiplicado, ser negacionista, como el mismo término indica,

se ha vuelto socialmente inconveniente, y hasta el celeberrimo ciudadano Gates ha dedicado un libro, por cierto interesante, a alertarnos sobre la catástrofe que nos acecha, de la que nos salvarán la tecnología, el mercado y los gobiernos, guiados por emprendedores e innovadores.

A pesar de esta avalancha de buenas intenciones, no faltan los escépticos que murmuran en voz baja las dudas que suscita cualquier moda trasmutada en pensamiento único, ni los que señalan el timbre de hojalata que resuena en algunos discursos, o los que se encuentran preocupados por cuestiones prosaicas como pagar el alquiler o mantener el empleo en estos tiempos duros de cambios acelerados.

Por desgracia, la enunciación elocuente y enfática de un propósito no basta para que se cumpla. Uno casi se va acostumbrando a que ciclos incontrolables de grandes expectativas, *booms* y crisis pasen por delante de nuestras puertas y jueguen con nuestros países como las olas con una barquilla: primero, la posibilidad entrevista de que las cosas mejoren; luego, de pronto, sí: hemos entrado en la conjunción virtuosa de la moda social y el dinero abundante, asistimos a la inverosímil duración sostenida de la buena suerte... hasta que surge el acontecimiento inesperado, el colapso, las secuelas sociales, el desencanto o la rabia; así que pasen cinco años, poco a poco llegarán las expectativas de mejora, se sucederán algunas noticias mejores y... comenzará un nuevo ciclo.

No obstante, y aunque el escepticismo resulte una opción con innumerables precedentes en los que asentarse y hacerse fuerte, tiene que haber otro camino. Debería ser posible que las sociedades aprendan y cooperen de otra manera tras una experiencia límite como la pandemia vírica.

Ha de existir un nexo, un sustrato común, que ha llevado a unir el futuro del clima de la Tierra a las lecciones de una tragedia sanitaria que nos mantiene en la incertidumbre; de no ser así, no se hubiera extendido tan rápido la idea. El motivo quizás sea que el coronavirus nos ha hecho reparar en cuánto nos han

dado nuestros padres; mientras que la conciencia del calentamiento global nos enfrenta al mañana en el que no queremos que vivan nuestros hijos.

De algún modo, se ha abierto la posibilidad a una mayor conciencia sobre el entendimiento entre generaciones y sobre cómo compartir y dar sentido a esfuerzos. Mario Draghi lo expresó así en el discurso de su toma de posesión como primer ministro ante el parlamento italiano: «A veces me pregunto si nuestra generación está haciendo por los jóvenes de hoy tanto como hicieron nuestros padres y abuelos por nosotros. Cuando no hacemos todo lo posible por los colegios, la formación, la universidad o la cultura, hay que preguntarse por qué».

LA HUMANIDAD EN CAMINO

El poeta escuchó la risa cantarina de una mujer joven a través de la pared de su dormitorio en una residencia de estudiantes. Por entonces, el poeta había alcanzado ya una altura considerable, si bien era todavía demasiado tributario del estilo modernista de la época, y a veces bordeaba un lirismo lánguido, propenso a la tristeza mórbida. Cuando fueron trabando amistad, resultó que la mujer de la residencia dio en encontrar su poesía artificial y cursi; se podía estar melancólico, vale, pero no tanto y no continuamente.

Cuatro años, y unas quinientas cartas de amor y vacilaciones después, el hombre y la mujer se casaron en Nueva York, y en el diario que el poeta recién casado escribió durante el viaje encontró una veta que alumbraría la poesía de toda una generación. En uno de los poemas, escribió: «porque no se trata de decir cosas chocantes [...], sino de decir la verdad sencillamente, la mayor verdad y del modo más claro posible». Eso era y es, desde ahí, la poesía.

Los dispositivos digitales han intensificado la tendencia a que las novedades y los acontecimientos se presenten como «cosas

chocantes», a la búsqueda desesperada de nuestra atención en la corriente del tiempo indistinto. Los mayores proveedores de contenidos, desde la clase política a las multinacionales de internet, adoptan estrategias dirigidas, no al fin de que podamos entender «lo que pasa», si no a consolidar ciertos hábitos sociales en la comunicación o, sin más, a ganar espacio informativo del modo que sea. El ciudadano que en ese fuego cruzado de mensajes que *hay que leer*, series que *hay que ver* y polémicas de las que *hay que estar enterado* trate de entender «la verdad sencillamente» está abocado a la ansiedad constante.

En esta situación, se tiende a invitar a los escritores a, por así expresarlo, remangarse, saltar al lodo, acelerar el partido y aumentar la confusión y el estruendo, contribuyendo a la dispersión general. En el campo de los libros, y en particular en la órbita anglosajona, proliferan las obras sobre las distintas crisis en las que estamos sumidos: los ensayos sobre «La humanidad en peligro» se han constituido en una suerte de género propio, a pesar de que probablemente su perspectiva no case demasiado bien con los lectores en español, que sufren traducciones automáticas de un inglés a veces formulario; muchos de esos libros aportan una lectura completa y formativa, en cualquier caso, pero alguno que otro padece de un seguidismo demasiado visible del pensamiento único del momento, acaso en busca de la promoción que da seguir la moda.

Bien. Este que tienes en tus manos, desconocido lector, amigo fiel, no es un libro sobre la humanidad en peligro. Ni siquiera sobre las crisis de nuestra época, de las que tenemos ración de sobra a diario. Ciertamente, habitamos en una extraña dualidad entre avances prodigiosos y crudas realidades.

Es un libro sobre la humanidad en camino. Porque todas las épocas enfrentan sus crisis y acarician sus esperanzas y, al fin y al cabo, en esta que nos ha tocado vivir vale la pena hacer notar cuánto camino hicieron otros por nosotros y qué sendas podemos descifrar en los mapas del presente, por más compleja que se presente su leyenda.

El poder de las multinacionales de comunicación sobre nuestro subconsciente y la modestia de las fuerzas propias no son excusa. Explorar lo común, lo verdadero, lo valioso, se paga por sí mismo, y no se mide en dinero. Al fin y al cabo, todo son anhelos, todos somos anhelos, «toda vida se vive en inquietud», como escribió María Zambrano, y vale la pena extender la cita:

«Ninguna vida mientras pasa alcanza la quietud y el sosiego por mucho que lo anhele. No será la inquietud simplemente lo que caracterice el vivir en crisis, sino, en todo caso, una inquietud determinada, o una inquietud excesiva, más allá o en el límite de lo insoportable.

Una vida en dispersión y confusión es una vida en quietud pantanosa. Y una vida será aquella que sepa discurrir por su tiempo, ser antes que nada una manera feliz de andar por el tiempo, a la manera despierta y libre como debe estarlo el ser humano».

Rodeados de interesados lenguajes dominantes, cabe adentrarse por caminos en busca de recodos de preguntas, disyuntivas que se bifurcan, campos de verdad. Donde por todas partes se nos habla de la «revolución verde», late nuestra necesidad, nuestro anhelo, de estar en paz con la naturaleza; donde se nos sobreviene la «revolución digital», subyace el anhelo de comunicación y entendimiento. Y existe un tercer anhelo, al menos uno más que conviene nombrar ya, entre tantos, un anhelo que habrá quien considere antiguo, y otros nuevo, y es que es antiguo y nuevo cada vez que vibra: el anhelo moral.

Pasarán las crisis, o cambiarán de foco, se abrirán cambios de época, preocupaciones de lo más distinto invadirán simultáneamente nuestras conversaciones, pero, sea como sea, llegue lo que llegue, quienes lean poesía en español seguirán encontrando en Juan Ramón Jiménez palabras de intenso amor a este mundo. Y, a propósito, dando gracias de que Zenobia le enseñara a cambiar y a vivir.